WARHAMMER 40,000

A CRAFTWORLD AELDARI SHORT STORY

PATH OF GRIEF

ADRIAN SOUTHIN

CAMINO DE DUELO

por Adrian Southin

Traducido por Rabusa

La lanza cantarina situada ante Itheíul había pertenecido a su hermano, Arsan. Cuando sus dedos se acercaron al astil, ella todavía podía sentir los jirones de la impronta de su alma.

Ella dudó y retiró la mano. Otras huellas persistían, aquellos que empuñaran el arma en nombre de la serpiente de Saim-Hann antes que Arsan. Ella también podría sentir a quienes la lanza había traído la muerte. Algunos, por la mano de su hermano, ella lo había presenciado en persona: el maestro de coro de la Hueste Resplandeciente, los toscos ingenieros orcos de Galthakka, El comandante Imperial en Perinese. Muchos más que ella no había visto. Las incontables muertes que el arma había entregado reverberaron a través de su superficie de hueso espectral.

El Camino del Duelo no te conviene.

La voz resonó, no conectada a la cámara, sino cerca e imposiblemente distante, como una canción continuada sobre un lago quieto.

Itheíul se arrodilló sola en la pequeña cámara ovalada. El frío del piso mordió a través de su túnica de color gris ceniza, una prenda sencilla carente de ornamentos. Aparte de la lanza y la piedra espiritual de color verde oscuro colocada frente a ella, la cámara se hallaba vacía. Un cono de incienso impregnaba la habitación con los terrosos aromas de lejanos mundos doncella; la delgada línea de humo se retorcía con suavidad sobre las paredes oscuras para estirarse hasta una invisible altura. Solo la suave luminiscencia del núcleo del circuito de infinitud más allá de un arco iluminó la habitación. El hueso espectral en los Salones del Lamento Susurrado estaba cargado. Resonó con la energía de millones de susurrantes almas aeldari. Las voces se tejieron en una indescifrable e impredecible melodía, las notas equilibradas al borde del reconocimiento.

Cazador. Guerrero. Artesano. Estos son lo que se sabe que eres. Siempre en movimiento. La presencia psíquica parecía rodear a Itheíul, como un halcón juzgando a su presa. Ahora estás atrapada

en estasis, a la deriva en el vacío. Estás afligida por aquello que no haces nada para evitar. ¿Con que fin?

Itheíul no dijo nada. Ella juntó sus pulgares e índices en un triángulo en su regazo, y comenzó a recitar mentalmente las Elegías de Caoinath el Perdido. No era raro que los espíritus de videntes se acercaran a aquellos en el Camino. Quienes con anterioridad en el Camino de la Bruja retuvieron mayor conciencia en el circuito de la infinitud y, al igual que en la vida, buscaban aconsejar y guiar, en especial cuando no se solicitaba. Sin embargo, se advertía a los Lamentadores contra comuniones prolongadas. No era seguro para los vivos abordar a los muertos, para que no se alejaran demasiado del mundo material.

¿Cuándo dejaste por última vez estos salones? La pregunta era retórica, un intento de incitarla a bajar la guardia*. Incluso los Guerreros de Aspecto dejan su altar y se despojan de sus máscaras entre batallas.*

A pesar de todos sus peligros, el Camino del Duelo era uno necesario. La angustia de la muerte de un ser querido podía vencer a cualquier aeldari, y tal emoción sin control presentaba un riesgo cada vez mayor. Llevar a cabo ritos funerarios era una pequeña faceta del camino. Los Dolientes actuaban como un conducto para la angustia de todo el mundo artesanal. Aunque la pérdida aun permanecería afilada en los corazones de aquellos cercanos a los caídos, la carga soportada por los discípulos permitía continuar al todo mayor.

¿Por qué la lanza te trae tanta inquietud? El espíritu se apretó más cerca.

—No es más que un arma. Solo los enemigos de Saim-Hann deben temerla. —Itheíul habló en voz alta, aunque sabía que no había necesidad. Los pensamientos y emociones eran tan tangibles para el espíritu como las paredes de la cámara para ella. Su voz era suave, insegura, las palabras que había hablado por primera vez en varios ciclos.

Sin embargo, rehúsas incluso tocarla.

Itheíul estiró el cuello hacia arriba para mirar la oscura extensión.

—¿**Qué derecho tengo? Pertenece a las manos de un vidente** —. Por un breve momento ella creyó ver un destello de llamas

doradas muy por encima de ella, aunque sabía que no había fuente para la luz.

¿Por qué no reclamas tal destino? Toma el manto sobre ti misma y lidera el mundo artesano en estos turbulentos tiempos.

La luz más allá de la cámara se atenuó, las voces se acallaron mientras su atención se volvía a otra parte. Quizás un cónclave vidente había venido a buscar el consejo del circuito, o para reanimar una hueste de constructos espectrales a partir de las piedras espirituales de los guerreros caídos del mundo artesano, una práctica que de un modo inquietante se había convertido en más frecuente. Las llamadas a la ayuda de Saim—Hann crecían con cada ciclo que pasaba, y la Hueste Salvaje se hallaba estirada al límite. Pero la atención de la presencia sobre Itheíul no vaciló.

—¿Ese es mi destino, entonces? —Itheíul miró la punta de la lanza. Una suave luz de color esmeralda jugó en el filo de la espada **—. ¿Dirigir a nuestros parientes a más muerte? ¿Para gastar sus vidas contra una galaxia que ya ha condenado a nuestra gente?**

Luchamos para que todavía haya quienes vivan. Hubo un tiempo cuando tal fervor ardía en cada uno de tus pasos. La presencia se sentía con increíble cercanía ahora, como si estuviera justo detrás de la oreja de Itheíul. Ya no resuenan, las palabras acalladas en el aire. ¿Qué hay de Deniadol?

Deniadol El mundo Exodita, una vez un paraíso verde de lagos claros y bosques de coníferas, estaba siendo consumido. El bilioso aire aguijoneaba la piel. Los océanos se habían acidificado y asfixiado con vida marina muerta. El terreno se había agriado y los árboles se marchitaron. Si era visto desde la órbita, el planeta aparecía como si sus mismos colores se encontraran siendo absorbidos por un sifón. Con la piel retirada, los tiránidos habían comenzado un festín en la médula de Deniadol.

Los Exoditas lucharon con ferocidad por su mundo, pero los enjambres devoraron con rapidez cualquier bolsillo de resistencia. Grupos incursores fueron emboscados en sus propios terrenos de caza. Monstruosidades de tamaño incomprensible tamaño

empequeñecieron a los dragones megadon. Los blásteres laser de los Exoditas, a pesar de su engañosa sofisticación engañosa, no podían disparar con la suficiente rapidez como para frenar al voraz enjambre.

Cuando llegaron las Huestes Serpiente de Saim—Hann, dos días después de que los tiránidos violaran la atmósfera, quedaba poco de Deniadol para ser salvado. La empresa fue vasta. La flota del mundo artesano orquestó incursiones de ataque y huida eligiendo como blanco esporas hinchadas con refuerzos tiránidos y atrayendo la atención de la colmena antes de alejarse con rapidez. Los escuadrones guardianes y baterías de apoyo establecieron cordones defensivos alrededor del parche que se encogía de territorio aeldari, mientras los escribas atendían a miles de refugiados inundando la puerta de la telaraña del planeta.

Los clanes de Jinetes Salvajes se reunieron en un claro ante la puerta. Excepto por los exploradores y guardianes vigilando el perímetro, y los Guerreros Aspecto quienes no mantenían interés en la política de clanes, la hueste entera rodeaba a dos guerreros aeldari dando vueltas uno alrededor del otro. Ambos estaban desnudos hasta la cintura y llevaban gujas simples. La virulenta pintura de guerra de color verde embadurnaba su carne en lugar del icor corrosivo de los tiránidos. Miembros de los clanes Tyllach y Morléath gritaron y animaron a sus campeones. Aquellos de otros clanes permanecieron taciturnos, sus campeones ya superados. Pequeños cúmulos de Exoditas se habían detenido en su migración para ver el duelo, las pieles escamosas adornadas con pliegues de tela de su armadura marcándoles como los jinetes de su propia especie. La mayoría de los refugiados no prestaron atención.

—Esta exhibición es ridícula —dijo Arsan.

—¿Por qué? ¿Crees que deberías estar ahí afuera? —Itheíul miró hacia su hermano.

Arsan exhaló con brusquedad y clavó la punta de su lanza cantora en la hierba marchita. Las hebras canosas se pelaron en matas, sus raíces frágiles. El hueso espectral geométrico entrecruzaba las ropas de color carmesí oscuro del vidente para formar runas, que tenían montada una piedra de camino de color verde. El pelaje de una licabestia cubría sus hombros. A diferencia de muchos de los

guerreros, que permitían que el débil viento jugara de un extremo a otro de su cabello, Arsan mantuvo puesto su casco de color blanco, la placa facial carente de rasgos de color negro haciendo poco por enmascarar su irritación.

El brujo mantuvo alto el pecho. Aunque ahora caminaba por el Sendero del Vidente, él siempre mantendría la orgullosa postura de su tiempo entre los testarudos lanceros del Santuario de la Estrella Empaladora. Itheíul había pretendido unirse a su hermano en el santuario, pero el exarca de la Estrella Empaladora pensó que su cercanía era una desventaja y la rechazó. En su lugar, encontró guía en el Santuario del Vendaval Penetrante de las Lanzas Brillantes. Los hermanos hablaban poco de sus respectivas experiencias en el Camino del Guerrero.

El campeón Morléath, Iylabir, dejó de dar vueltas con brusquedad y se lanzó hacia delante con una ráfaga de golpes. Anasariel de Tyllach dio un paso atrás y respondió con un barrido bajo que fue desviado con facilidad, antes de llevar hacia arriba el impulso el impulso de la redirección para golpear con el pomo de su glaive.

—Sé paciente, Arsan. Anasariel no nos perderá el honor del primer golpe.

—No hay honor en disputas sobre el derecho de matar al demonio. —Arsan se apartó del duelo y dirigió su atención al contaminado horizonte—. **El honor sería terminar esto de inmediato y atacar antes de que se pierda más terreno. Desperdicia un tiempo precioso.**

Itheíul podía entender la incomodidad de su hermano. La flota Saim-Hann mantenía por ahora la superioridad orbital sobre la puerta, pero las sombras de las bionaves se acercaban. Después de que las fuerzas del mundo artesano expulsaron a los depredadores iniciales, el enjambre había estado generando cantidades frescas para responder con abrumadora fuerza. Todos los aeldari podían sentir la presión de la sombra de los tiránidos en la disformidad acumulándose en sus mentes. Para aquellos que habían sintonizado su potencial psíquico, como Arsan, esa presión debía ser una agonía.

—Esto es más que orgullo en acción—. Itheíul hizo un gesto hacia la hueste reunida**—. ¿Ves el poder ante nosotros? Con**

cada golpe atizan los fuegos que arden en cada uno de nosotros. ¿No somos atraídos a una unidad de propósito?

Arsan no discutió más el asunto, pero Itheíul conocía a su hermano. Su frustración no se hallaba satisfecha. El duelo continuó, puntuado por el rítmico crujido de las gujas al girar encontrándose una con otra. Los golpes de los campeones fueron salvajes, incluso desesperados, pero aun así no carecían de ninguna de la gracia de su gente. Un forastero podría haber confundido la contienda con una danza ritual, ninguno de los guerreros buscaba la sangre del otro. El sudor manchó su pintura de guerra, salpicando gotas de color verde con cada bloqueo y estocada.

En verdad, el premio del duelo era un agridulce honor. Mientras que los otros clanes se quedarían atrás para defender la puerta de la telaraña, los jinetes del clan del campeón atacarían para atraer al enjambre a las trampas y cazar a las criaturas sinápticas que unían el enjambre a la voluntad de la colmena. La Hueste Serpiente sabía que no podía haber triunfo en el campo de batalla. El clan cabalgaría hacia las mismas fauces. Pero su sacrificio, si el gambito tenía éxito, ganaría tiempo al resto de los eldar para huir del mundo doncella. Los videntes del Mundo Artesano habían sopesado los destinos con cuidado y habían considerado este curso el menos costoso.

El paso en falso de Anasariel fue leve, su juego de piernas cortado por el ancho del filo de una hoja, pero suficiente para que su oponente presionara la ventaja. Iylabir condujo al campeón Tyllach hasta el borde del ring y apartó lejos su arma. Iylabir se lanzó hacia adelante, y una ovación se elevó entre su parentela. Los gritos fueron interrumpidos: Anasariel sostuvo su guja ante la garganta de su rival. Una cuenta de sangre caliente corría por el filo de la cuchilla. El plano del arma de Iylabir presionaba contra el lado de Anasariel, el hueso espectral humedecido solo con pintura de guerra de color verde.

Una estratagema inteligente, pero arriesgada. En el afán de Iylabir por capitalizar el error del oponente, no había notado que cada paso hacia atrás había sido ejecutado con cuidado para atraerlo. Anasariel nunca había perdido el control. Un cambio repentino en las puntas de sus pies fue suficiente para evitar la arremetida y girar

su guja alrededor y hacia arriba. Si hubiera sido menos preciso, o juzgado mal los siguientes pasos de su enemigo, sin embargo, el golpe le habría empalado.

Los parientes del campeón estallaron, la voz de Itheíul entre ellos. La exultación fue breve, sin embargo. La llamada de bajo del Cuerno de la Caza cortó el clamor y el clan no se demoró más.

Los Jinetes Salvajes de Tyllach se prepararon para la guerra.

¿Dónde está ese fuego, Itheíul? La voz sacó a Itheíul del trance de memoria. El espíritu había revisado sus recuerdos del planeta con facilidad, obligándola a revivir experiencias que había tratado de encerrar. El viento ácido se demoró con ella por un momento antes de que ella inspirara el aire seco de la cámara. Se concentró en el tranquilo incienso y esperó a que los latidos de su corazón volvieran a descansar antes de responder.

—Fervor alimentado por necedad. —Itheíul abrió los ojos con lentitud—. **Ignoraba el verdadero horror del Gran Devorador.**

Sin embargo, el enemigo no era invulnerable. ¿No fue tomada la gloria ese día?

—Gloria y muerte. Honor y pérdida. La bravata engendra tragedia. No nos enfrentamos más que a una zarpa del enemigo y aun así no pudimos salvar aquel mundo.

Itheíul se puso de pie y comenzó un lento circuito de la habitación. Dejó correr sus dedos sobre runas poco profundas inscritas en las paredes. Su vista se había acostumbrado a la penumbra de los pasillos, y la oscuridad no le dio problemas para la lectura de los grabados. Hablaban de dioses y aeldari que hacía largo tiempo habían pasado a ser mitos: los males de la Guerra en el Cielo y la caída de la casa de Eldanesh, el corte de la mano de Morai—Heg, la Diosa Bruja del Destino; los versos de Elthir Corannir Rhiantha, hablando de la doncella cuyas lágrimas por los guerreros caídos de Rhidhol se convirtieron en luz estelar. Vidas de los caídos del mundo artesano se entrelazaban con los mitos, elaborando alusiones e informando de los recuentos. Algunos eran héroes que se remontaban a la Caída, otros más recientes. Hizo una pausa antes de llegar a los epitafios tallados por su propia mano.

—Un zarcillo de una astilla mató a Deniadol. —Itheíul hizo una mueca a medida que más recuerdos de la muerte del planeta rompieron a través de las barreras de su conciencia. Imágenes de un incesante mar de voraces ojos y fauces sin labios azotaron su mente**—. La bestia entera ahogará la galaxia.**

La Hueste Salvaje no se enfrentará a la fatalidad mansamente.

—¿Qué esperanza tenemos contra tales incesantes terrores mientras nuestra gente va menguando?

Luchar por la supervivencia siempre ha sido el camino de Saim—Hann, incluso en nuestros días de éxodo antes de la Caída. La esperanza no nos ha visto a través. La valentía frente a una muerte segura, contra enemigos lo suficientemente numerosos como para borrar las estrellas y hambrientos de nuestra sangre, así es como vive el mundo artesano.

Los jinetes salvajes cruzaron las tierras baldías limpiadas desde la órbita entre la puerta y el renovado asalto tiránido en momentos. Cientos de motos jet Tyllach barrieron sobre los cráteres y los cañones rasgados en la tierra por los bombardeos. Pendones ostentando la runa del clan chasquearon al viento desde la parte trasera de la elegante embarcación con forma de dardo. Escuadrones Vyper fueron intercalados entre las motos más pequeñas, seguidas por las máquinas de vaul, armadas con mayor fuerza. Si hubiera quedado algo vivo en la arrasada tierra por debajo para dar testimonio de la carga, el clan habría aparecido como una sangrienta lluvia de meteoritos ardiendo de un extremo a otro del cielo.

Cuando el horizonte ante ellos comenzó a arrastrarse y retorcerse, la hueste se astilló en bandas más pequeñas, cada una atacando en cuidadosamente determinadas direcciones separadas por leguas. Potentes como eran los augurios del mundo artesano, contra la sombra de los tiránidos nadie podía adivinar dónde atacaría el tirano, por lo que la red fue arrojada por completo. El caudillo Tyllach, Cainasairre, y sus parientes más cercanos atacaron hacia una agrupación de las criaturas más grandes, donde la sombra era

más espesa, porque el honor de la matanza era suyo por encima de los otros.

Itheíul cabalgó a la derecha de Arsan, quien lideró la punta de flecha de su banda familiar. Sus primos completaron su escuadrón: Sabareth, a la derecha de Itheíul, cuya moto voladora montaba un cañón de shurikens, y los hermanos que siempre competían Múrien y Seoladh en el ala opuesta de la formación. Los primos Habían cabalgado a la lucha juntos docenas de veces juntos, sus instintos afilados como uno solo.

El escuadrón surcó hacia las líneas del frente de los tiránidos. La serpenteante masa se reveló en miles de organismos individuales en estampida. Itheíul luchó contra un abrumador impulso de desencadenar sus catapultas de shurikens. Las armas de la moto voladora se encontraban fuera de alcance, y los cañones se quedarían vacíos antes de que pudiera siquiera destruir una fracción de las pequeñas cosas de seis extremidades ocultando el asalto.

Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, los jinetes del viento se hallaban sobre la horda. Las entradas auditivas de Itheíul se debatieron para adaptarse al ensordecedor raspado de caparazón contra caparazón, el aplastamiento de la cartilaginosa carne y las zarpas masticando la tierra. Los sensores amortiguaron la cacofonía. Lo que quedó fue el atenuado sonido de un nido de arañas escabulléndose sobre su casco. Los tiránidos abrieron fuego sin romper el paso. Escupitajos de fluido corrosivo y proyectiles semisentientes salieron disparados hacia el cielo. Los aeldari permanecieron por encima del corto alcance de las armas, entrelazándose con facilidad a través de las salvajes corrientes de disparo.

Itheíul vio una manada de tiránidos de mayor tamaño en medio del continuo aplastamiento de quitina púrpura. Se cernían sobre la carne de cañón, al menos dos veces el tamaño de los seres menores. Las puntiagudas crestas retrocedieron de sus frentes. Apuntaron rifles fusionados con el antebrazo contra las motos voladoras, y cepas de criaturas menores dirigieron con brusquedad sus miradas a los jinetes, sincronizadas con la atención de sus jefes supremos. Con un pensamiento, Itheíul marcó a las bestias

guerreras con una runa de advertencia en la pantalla de su casco y se lo transmitió a su parentela.

Los tiránidos desataron su salva y enviaron a los Jinetes Salvajes a un abrupto descenso en picado. Los jinetes se desplazaron siguiendo una espiral a través del coordinado contrafuego, y desataron sus lanzadores de shurikens con un pensamiento. Los discos monomoleculares laceraron a las bestias guerreras. Justo antes del impacto con el terreno, los jinetes se elevaron en un arco parabólico que habría incapacitado a cualquier piloto de una raza menor. La maniobra emocionó al corazón Saim—Hann de Itheíul, oscureciendo su terror con un destello de júbilo.

Una y otra vez los jinetes del viento buscaron y acosaron a las bestias sinápticas, y condujeron la marea a nuevas furias. El enjambre dio a luz descomunales criaturas que se balanceaban bajo el peso de masivos cañones en respuesta, mejor equipados para derribar las veloces naves, y los jinetes se retiraron más arriba por los cañones del terreno. Los tiránidos se arrojaron con violencia, demasiado indignados para renunciar a su presa

El escuadrón giró de vuelta a tiempo para ver las detonaciones de plasma de color azul atomizar el terreno rocoso y disparar grandes penachos de polvo a la atmósfera que disminuía. Más explosiones estallaron sobre las tierras baldías. Las cargas útiles, que los exploradores rebeldes del mundo artesano habían introducido perforando la tierra, hacía escasas horas, abrieron profundos sumideros a través de la amplitud del enjambre.

Sin embargo, cuando el polvo se asentó, la vista tensó los músculos del pecho Itheíul. Múrien jadeó y Sabareth maldijo a través del enlace de comunicación del escuadrón. La estampida de los tiránidos se había detenido ante el precipicio del abismo. Mientras que cientos de los organismos más pequeños habían sido atrapados en la explosión o precipitados en la roca fundida cientos de medidas abajo, la marea tras ellos detuvo la inercia del avance en una reacción de una única mente. Criaturas de artillería comenzaron de inmediato a reventar el terreno adyacente desde más adentro en la multitud. Con atronadoras grietas, las rocas se fracturaron y comenzaron un deslizamiento de tierra sobre la fisura Descomunales brutos se estrellaron contra las paredes del cañón

como arietes vivos. Los escombros llovieron desde los sitios de impacto hasta que sus caparazones se abrieron de golpe, y sus cuerpos pulverizados fueron arrastrados al abismo como relleno adicional Miles de pares de ojos se fijaron en los jinetes del viento, hambrientos y poseídos por una inquietante paciencia.

La fluida coordinación de los tiránidos perturbó a Itheíul, al igual que la supresión del instinto de supervivencia. El enjambre reaccionó tan rápido, tan sin esfuerzo, era como si la trampa fuera poco más que un arroyo poco profundo para ser vadeado.

Itheíul y su hermano compartieron una mirada. Tal orquestación iba más allá del rango de conocimiento de las bestias sinápticas menores. El tirano mismo dirigía la voluntad de la colmena allí. Pero enfrentado contra las retorcidas masas de color púrpura y blanco hueso, podrían matar a millones antes de encontrarlo.

Arsan sacó un conjunto de runas hueso espectral de una bolsa en su cintura. Comenzó a cantar, apenas un susurro al principio, palabras que eran antiguas incluso por cálculo aeldari. Una cada vez, las runas flotaron y orbitaron alrededor de su mano extendida. Itheíul reconoció la Flecha de Kurnous, el Astil Buscador, y la runa inversa de ocultamiento entre ellas. La mano de Arsan comenzó a temblar, agitando los iconos. El dolor coloreó su voz y su postura se volvió rígida.

La agonía azotó las mentes del escuadrón y cada uno de los jinetes del viento retrocedió. Itheíul lo sintió con más profundidad, el vínculo empático entre hermanos eclipsando de lejos los lazos típicos de su gente. El poder de los psiónicos Asuryani guerreó contra el pasmoso telón de la mente colmena de los tiránidos. Arsan sufrió convulsiones, y las runas giraron con más rapidez. Los rugidos de una sentiencia de eones de edad resonaron en la cabeza de Itheíul y ella también luchó para mantenerse erguida. Seoladh se acercó y extendió una mano para estabilizar al brujo. Itheíul dirigió un gesto a su prima para detenerse y sacudió la cabeza, aunque ella nunca había visto semejante reacción. Romper su concentración podría ser desastroso, y no solo para el vidente.

Itheíul miró de nuevo el enjambre. La constante erosión de los acantilados casi había llenado el abismo. Los tiránidos ya estaban trepando de manera apresurada la arruinada pared del cañón y

escalando a través del pozo, mientras nubes de criaturas aladas colgaban sobre sus cabezas. El obstáculo había sido superado en un puñado de momentos.

El canto de Arsan cesó de manera abrupta y se dejó caer en su silla de montar. Un duro jadeo crujió en el auricular de Itheíul. Las runas se asentaron de vuelta en un lento circuito, todas alineadas hacia un punto muy alejado de las filas tiránidas que se acercaban.

—Ahí. —Arsan se obligó a erguirse de nuevo. Trazó una línea con un dedo a través de la quitinosa marea. Una ruptura en el mar de terrores se resolvió, como un sendero a través de una densa jungla perceptible solo para el más capaz cazador. —**Entre las escamas, se revela la suave carne de la abominación.**

Donde antes las extremidades con púas y las babeantes bocas se habían desangrado en una sola masa, el tirano ahora se resolvió ante los ojos de Itheíul. Iluminado por la más leve luz bruja, el superdemonio apareció con gran claridad a pesar de la distancia. Ella lo sintió devolviendo la mirada, examinándoles. Justo como las runas de Arsan habían adivinado la posición del tirano, la llamarada de energía psíquica era como una baliza para la mente colmena.

—Un empuje preciso nos llevará a la meta —dijo Arsan.

—¿No deberíamos esperar al Caudillo Cainasairre?

—He alertado a los videntes entre su séquito. Están en camino, pero permanecen demasiado lejos. No podemos permitir que avance. Nuestra coyuntura se está cerrando. —Sin dejar más tiempo para la discusión, Arsan preparó su lanza cantora y descendió sobre la cresta—. **¡Volad, mis parientes! ¡Atacad como el Saim!**

Itheíul pasó el pulgar sobre la runa de activación del mango de su moto voladora, su fuerza de voluntad es suficiente para impulsar su montura hacia adelante para mantener el paso con Arsan. Ella sacó su sable para derribar a una criatura alada que se precipitaba para arrancarla de la silla de montar. Una ráfaga de shurikens de sus parientes cortó a través del resto del vuelo de la cosa.

Corrientes de municiones vivas rociaron hacia el cielo y rebotaron en el caparazón de las motos voladoras, mientras que la infantería de seis extremidades se arañaron unos a otros para saltar sobre los aeldari. Los Jinetes Salvajes se desviaron con brusquedad a través

de la cresta de las oleadas de tiránidos, demasiado rápidos para el intento de echarle de sus sillas de montar por parte de la carne de cañón. Las criaturas insectoides se convirtieron en un borrón al tiempo que los jinetes enhebraron su traicionera apertura. Otras bestias continuaron, sin prestar atención a la banda de parientes, impulsadas hacia adelante por la voluntad singular de la mente colmena.

Un trío de bestias guerreras interceptó los caminos de los jinetes. La primera saltó hacia Arsan, abriendo cuatro extremidades como guadañas. El brujo barrió a través de las cuchillas, con la lanza zumbando mientras con ella atravesaba la cara del alienígena. Un segundo demonio soltó una descarga tras Arsan mientras este pasaba. Decenas de criaturas menores siguieron su mirada y añadieron su propio fuego a la descarga de fusilería. Itheíul se abalanzó bajo y dio un tajo a un espacio entre las placas de quitina que protegían la médula espinal del monstruo, enviándola agarrando y disparando de manera salvaje a la horda a sus pies. El viento arrancó el icor de su sable en un amplio arco de color esmeralda. La tercera giró y arremetió con un látigo dentado, pero el Jinete Salvaje había desaparecido hacía tiempo. Un torrente del cañón shuriken de Sabareth silenció sus frustados chillidos.

Un leviatán de caparazón de tres pies de espesor y masivos cañones palpitantes vadeó la marea hacia el camino de Itheíul, cada gargantuesco paso haciendo temblar la tierra. Tan indiferente hacia los infinitesimales jinetes como un animal de rebaño lo estaba de un mosquito, la mente del Biotitán se hallaba esclavizada solo por la destrucción del armamento pesado defendiendo la puerta de la telaraña. Itheíul invirtió su vuelo y maniobró a través de la maraña de sus muchas extremidades afiladas. Más tiránidos alados se separaron del vientre del Titán, pero solo encontraron los demorados vapores de la posquemadura mientras recuperaba altitud para tirar junto a sus parientes.

Un tembloroso bramido se elevó sobre la vociferante horda momentos antes de que un fuerte y repentino chorro de llamas incandescentes se estrellara contra la veleta de la moto voladora de Sabaret y la envolvió. El fuego devastó su cuerpo, pero el jinete se sujetó a su montura que se desintegraba. Sabareth desató una

última tormenta de filos incluso mientras el descendía en espiral hacia la presión de las extremidades agitando la tierra sin vida. Ella no gritó cuando murió, pero el tormento se sacudió contra las mentes de sus compañeros.

Itheíul hizo girar su moto y desató sus catapultas contra el asesino del primo. Los shuriken arrancaron pedazos del mortero montado en la espalda del bruto que caminaba sobre sus nudillos. Su goteante mandíbula de cuatro piezas se partió para gritar, pero la salva de Itheíul golpeó un saco de carne hinchada y el tiránido estalló en un géiser de llamas y bilis.

Antes de que Itheíul pudiera descender tras Sabaret, sintió a Arsan presionarse contra su mente.

+No hay tiempo, Itheíul, entierra tu pena. Ella está perdida para nosotros.+ El brujo aceleró su moto deslizadora hacia el tirano. +El sacrificio será vengado un millar de veces.+

Itheíul juró que lo haría.

—Nos volvimos impotentes ante las muertes a nuestro alrededor. Los caídos eran muchos, y tan pocas las piedras espirituales recuperadas. Cada batalla disminuye mucho a Saim—Hann. —Las yemas de los dedos de Itheíul se demoraron en el glifo de la Serpiente Cósmica, que conocía todos los secretos, pasados y futuros. ¿Había previsto el destino de los aeldari, antes de que La Sedienta se atiborrase con su sangre?

Hablas como si fueran todos a quienes lloras, no uno.

—Me aflijo en nombre de todo el mundo artesano, no por mí misma. —Itheíul caminó hacia el centro de la cámara y de nuevo se arrodilló, los empeines de sus pies descalzos contra el frío suelo de piedra.

Así lo proclaman muchos en el Camino.

Itheíul ignoró la insinuación. —**Cada muerte arde como la muerte de una estrella** —dijo—. **Es cegador mirarlas a todas, y no puedo soportarlo.**

¿Eso no te trae rabia? ¿No te da pasión probar que los conspiradores destinos se equivocan, que los aeldari sobrevivirán?

Miró de nuevo la lanza cantora, la cual emitió un leve zumbido al tiempo que ella fijó su atención en eso. El arma era mucho más alta que ella, la ancha hoja de la punta de lanza casi tan larga como su brazo. Bajo la cabeza había tres cortas barras transversales, un eco de Suin Daellae, la Perdición Que Se Lamenta, y del control de Khaine sobre todos los aeldari. —**No me queda tal pasión para mí** —dijo al fin.

Arde baja, castigada por las olas de las pérdidas de Saim—Hann, pero no se ha ido. Encuentra las llamas antes de que se extingan y te pierdas.

—**No puedo**. —Itheíul cerró los ojos y trató de apagar el espíritu, erigiendo barreras alrededor de su mente, pero la presencia las atravesó con facilidad.

¿Así que te revolcarás con el tiempo mientras el mundo artesano se desmorona a tu alrededor? Acudes a lo que es seguro, en lugar de enfrentarte a la agitación en tu interior. La ira del espíritu se convirtió en realidad, una centella de calor sin fuente que lavó el escalofrío de la cámara*. ¿Son sus sacrificios tan sin sentido?*

Los Jinetes Salvajes atravesaron un nudo de tanques vivientes y cayeron sobre el tirano.

El coloso se alzaba sobre su horda. Un caparazón de púas revestía su gigantesca estructura, carne dura como hueso aferrándose a la esquelética parte inferior de su cuerpo sobre las pocas superficies no acorazadas. Un afilado cuerno se extendía desde su palpitante frente, la púa casi tan alta como Itheíul y seis chimeneas que escupían toxinas brotaban de su espalda. El depredador apuntó un pulsante cañón hacia sus asaltantes, y alzó un masivo machete quitinoso y un látigo prensil que se crispó ante los aeldari.

Un grupo de seis brutos con caparazón de losas arrollaron hacia delante sobre los nudillos, separando la avalancha de criaturas de infantería. Placas masivas sobresalían de sus hombros, como el caparazón de un escarabajo alzado para volar, para formar una muralla de quitina entre los jinetes y su presa.

El horror agarró a Itheíul por la garganta. La monstruosidad no era tan solo horrible a nivel físico, sino que su sola presencia fue un asalto a su mente. El tirano había estado esperándoles mientras atravesaban la cubierta del enjambre, los jinetes nunca pasando más allá de su inconcebiblemente amplia conciencia. Y, sin embargo, el resto de la marea continuó la estampida, su objetivo fijado en su mente colectiva. Que una conciencia tan vasta pudiera existir, y verlo ante ella, era asombroso.

Arsan desató sus catapultas de shurikens contra el tirano, rompiendo el aturdimiento de Itheíul. El resto de los jinetes unieron su fuego al suyo. Los guardaespaldas cerraron filas alrededor de su maestro. La mayoría de los shuriken rebotaron en sus conchas, pero bajo la mantenida tormenta de filos, los discos de navaja comenzaron a triturar trozos de exoesqueleto. Dos de los guardias se estrellaron contra el enjambre, pero si los otros siquiera percibieron sus muertes, no lo mostraron.

A medida que los jinetes se acercaron, los guardias se separaron para que el tirano respondiera con un torrente de su cañón. Los proyectiles crecieron con rapidez en el aire, floreciendo en zarcillos de púas. Itheíul rompió hacia la derecha, Seoladh y Múrien a la izquierda pero Arsan continuó directo hacia la bestia sináptica. El brujo atravesó dando bandazos la descarga de tenaces proyectiles y arrojó su lanza de canto fúnebre. Con engañosa agilidad, uno de los escudos vivientes se alzó para interceptar el ataque. La cuchilla perforó el cuello del bruto y alanceó a través de su espalda. Arsan aceleró más allá del guardia para atrapar el astil del arma incluso al tiempo que emergió a través del exoesqueleto del tiránido, y salió disparado hacia delante.

Itheíul hizo un barrido sobre la cabeza de un guardaespaldas. Ella dio la vuelta y se apresuró con ráfagas de shuriken. La cosa pateó con fuerza e hizo rechinar relucientes dientes ante el jinete mientras ella repetía la táctica, sus aplastantes zarpas siempre justo apenas fuera de su alcance. Su sable rastrilló su caparazón. Con cada pase, ella atraía a la criatura más lejos del lado del tirano, creando aperturas para que Arsan atacara. Seoladh y Múrien trabajaron en conjunto para acosar al otro guardaespaldas, tirando y retorciéndolos en todas las direcciones.

Arsan se evadió sobre el tirano, rajando y embistiendo articulaciones y tendones expuestos. Luchó por mantener una ubicación con el brujo; incluso los reflejos genéticamente modificados del apex predator no ofrecían un igual a la velocidad del corredor celeste. Cada barrido de su machete, lo suficientemente potente para romper un tanque gravitatorio, se quedó corto. Su cola con punta de pinza chasqueó hacia él cuando él giró alrededor de su espalda. Arsan desvió el golpe con el astil de su arma, antes de pinchar el brazo de las pestañas de la bestia con la punta de la lanza.

El demonio rezumaba icor de una docena de lugares. El saco de municiones de su cañón que se retorcían se había roto, y la bestia estaba reducido a balancear la extremidad como un garrote. Las pestañas dentadas colgaban flojas. La postura del tirano se había contraído y ahora se desaceleró, pero mantuvo la restante espada blandida de modo desafiante ante el vidente. Arsan voló más allá de la criatura sináptica antes de dar vueltas, la lanza apoyada debajo de su hombro. El brujo aceleró con fuerza y la canción de la lanza creció en volumen. Su enemigo preparó su filo, pero el fuerte golpe tenía pocas posibilidades de atrapar el vidente antes de que golpeara.

El tirano de repente saltó al golpe, ensució la puntería de Arsan y le arrebató la lanza de un golpe con su espada craneal. Su látigo se puso de nuevo en movimiento con una sacudida para atrapar al brujo por el cuello y arrancarlo de su silla de montar. La moto deslizadora giró sobre si misma más allá de la bestia y se estrelló contra el enjambre. Arsan arañó el látigo con una mano, pero se enroscó más apretado para vencer la protección de la armadura de runas del vidente. Un rayo envolvió la mano vacía de Arsan y botó hacia su enemigo. Los arcos se disiparon a la vez que el tirano rugió, como si fuera arrastrado por las ondas sonoras. El chillido sacudió la mente de Itheíul; se sintió como si algo intentara arrancarle la cabeza. El tirano desenvaino su espada otra vez, angulada para decapitar y cargada con la empalagosa energía psíquica de la colmena.

Itheíul abandonó a su oponente y corrió hacia su hermano. Ella balanceó su sable hacia abajo hacia el látigo. La cuchilla se rompió

sobre los nervios como acero del cordón, solo cortando a medias el arma. El esfuerzo de torsión al retorcerse partió el resto del látigo por la mitad, pero aun así el azote se aferró a Arsan, como poseído de su propio deseo de estrangular al vidente. Una grieta puntuó el chillido de las runas de protección de Arsan haciéndose añicos. Su cuello se rompió al tiempo que el látigo se contraía y sus dientes perforaban su garganta.

Todo el ser de Itheíul se adormeció.

El tirano se puso de pie en toda su altura y rugió de nuevo. Su postura acobardada había desaparecido, sus heridas poco más que superficiales. El monstruo avanzó hacia Itheíul con una velocidad asombrosa. El asalto la negó espacio para maniobrar la moto deslizadora; retirarse la habría expuesto peligrosamente. Fue todo lo que la jinete del viento pudo hacer para dirigir su montura alrededor de sus fuertes golpes, y ahora se vio obligada a llevar a cabo desesperadas inclinaciones y giros. Ella disparó sus catapultas de shuriken donde pudo, pero rebotaron contra la piel de la abominación.

Itheíul vio la lanza cantora de su hermano bajo las arrolladoras garras del enjambre y se arriesgó a una zambullida por ella. Llevó a cabo giros espirales bajo un fuerte golpe de la hoja del tirano. Con su vuelo todavía girando, alcanzó el astil. Las yemas de sus dedos rozaron el hueso espectral, justo fuera de alcance. Y aun así, tal vez por pura voluntad, la lanza saltó a su agarre. La conmoción de la presencia psíquica del arma reabrió impulsos asesinos encerrados después de la salida del santuario de aspecto santuario. La ira de Khaine hizo desaparecer el hielo en sus venas hirviéndolo al tiempo que se enderezaba.

El tirano cargó contra Itheíul de nuevo y ella se detuvo con fuerza. Giró en espiral por encima una vez, dos veces, antes de caer en picado hacia la bestia. Itheíul ordenó a su moto deslizadora alcanzar mayores velocidades. Se puso de pie e inclinó hacia adelante en la silla de montar. La lanza de Arsan comenzó el lastimero repique por el cual era nombrada. O quizás los gritos fueran de Itheíul. Ella no lo sabía, porque cada pedazo de su alma se encontraba enfocado en la punta del arma.

Itheíul saltó de su moto deslizadora impulsándose con la lanza un momento antes que el filo del tirano hendiera a través de la proa blindada. La punta de lanza entregó el impulso de su descenso en el estrecho hueco entre el deforme cráneo del tirano y el caparazón que recubría su espalda. La espada se detuvo al morder cúmulos nerviosos, el impacto sacudiendo cada articulación en el cuerpo de Itheíul. Giró sobre el astil plantado y sobre la espalda de su enemigo mientras los motores de su moto deslizadora detonaban.

La bestia se sacudió con espasmos y echó la cabeza hacia atrás, tratando de empalar a la Jinete Salvaje con su cuchilla craneal. Itheíul apoyó los pies contra las biochimeneas, justo fuera del alcance de la púa, y se agachó como si algún instinto la hubiera advertido de la cola con pinza que se levantó chasqueando hacia su cabeza. Ella condujo la lanza hacia abajo una y otra vez, el grito fúnebre cada vez más fuerte con cada zambullida. El tirano se resistió y rugió, pero ella aguantó sin embargo. Con un empuje final, Itheíul sintió que la médula espinal se cortaba y la cuchilla se hundía en carne más suave.

El tirano se derrumbó, convulsionándose. Itheíul saltó del tiránido que se estrellaba y rodó cuando se encontró con el suelo. Ella no miró hacia atrás para comprobar si el tirano estaba muerto; la repentina desorientación del enjambre le dijo lo suficiente. Las criaturas más cercanas en la chirriante ola simplemente perecieron por la conmoción del retroceso sináptico. Otros cesaron su estampida hacia la puerta de la telaraña y comenzó a saltar hacia los jinetes que se abalanzaban. Los restantes guardaespaldas, cegados por la muerte del tirano, se desbocaron y destrozaron a tajos cualquier cosa a tu alcance. Itheíul empujó a través del dolor en cada músculo de su cuerpo y, apenas manteniendo el equilibrio, corrió hacia el cuerpo de su hermano.

Itheíul cortó a la carne de cañón que se lanzó hacia ella, depredador tras depredador rajado y abierto por la ancha punta de lanza. Los hermanos la rodearon y despedazaron cualquier cosa que buscara tomarla por sorpresa. Con un grito, ella atravesó corriendo a un monstruo que se alimentaba del cuerpo de Arsan y aparto a las alimañas a patadas.

La una vez orgullosa forma del brujo ahora parecía delicada, como los huesos de un alabrillante caído. Sangrientas heridas punzantes rodeaban su arruinado cuello. Itheíul acunó el frágil cuerpo de su hermano contra ella y le llevó la mano a su propia piedra espiritual. Al tocarla, el engarce en la armadura de runas se dilató y ella tomó la gema. La piedra de color verde oscuro estaba caliente, incluso a través de los dedos de su traje. Las lágrimas le quemaron la cara. Ella escuchó voces, su nombre, y era apenas consciente de que los tiránidos se acercaban a ella. Múrien y Seoladh se cernían cerca ahora, disparando sus catapultas a quemarropa.

Destellos de luz estallaron alrededor de Itheíul. Decenas de tiránidos fueron reducidos por dispersión láser y fuego de shuriken, o destruidos por lanzamisiles montados en las Vyper. Itheíul registró las rayas plateadas y azules de las Lanzas Resplandecientes cargando contra los depredadores de mayor tamaño, mientras que los jinetes del viento atacaron a la quitinosa infantería. Cainasairre, caudillo del Clan Tyllach, había llegado, y aquellos que se encontraban con él estaban entre los mejores Jinetes Salvajes de Saim—Hann. Pero para Itheíul, habían llegado demasiado tarde. Ella gritó su desesperación y dejó que el mundo se estremeciera.

La muerte de Deniadol fue marcada en fuego. Los Exoditas habían erigido piras masivas alrededor de la puerta de la telaraña, las maderas de los últimos árboles del planeta cargadas con los muertos. Sería su marca final sobre su mundo, una última declaración de reclamo de su hogar. Los Exoditas habían extendido el honor de sus piras a los caídos Asuryani, Arsan entre ellos. Los Asuryani consideraban los cadáveres como poco más que vasijas vacías, ya que sus almas eran preservadas en sus piedras, pero el honor no se perdió para los Jinetes salvajes.

Pasaría un breve tiempo antes de que la flota colmena renaciera sus criaturas sinápticas y restaurara el propósito del enjambre, pero dio un suficiente respiro a los aeldari para retirarse del mundo doncella y cortar la telaraña a Deniadol. La flota de Saim—Hann intentaría incinerar la mayor cantidad de zarcillos de alimentación de la flota colmena como pudieran antes de retirarse, pero el enjambre

tiránido dejaría el sistema saturado y regenerado. Los videntes previeron que su camino conducía al Imperio del Hombre, consumiendo docenas de sistemas más antes de apagarse, pero el zarcillo no ofrecía más amenaza para los Asuryani.

Quizás, en otra época, libre de guerra y conflicto, los Exoditas podrían volver a respirar de nuevo vida en el planeta, reavivando las brasas del Espíritu del Mundo dejado arder sin llama. Pero si la paz se comprara a tal precio, se preguntó Itheíul, ¿quedaría alguno de los aeldari para verlo?

—Saim—Hann sangro por las vidas de muchos —dijo Itheíul—. **Sin embargo, no entiendo por qué tenías que ser el primero ante la bestia. El caudillo estaba muy cerca. ¿Si hubiéramos retrasado nuestro asalto...**

El honor no es nada si no hay supervivencia, interrumpió Arsan. Su ira enfriada, la casi—voz de barítono de su proyección psíquica se asentó en un tono de consejo. *Cuando miré la madeja, el destino equilibró la victoria sobre nuestra intervención. Cainasairre estaba destinado a fracasar, y el clan perecería con él. Las muertes en la puerta habrían sido muchas. Tal sacrificio era el único camino.*

—¿Sabías que morirías?

Era una posibilidad, así como había muchos hilos en los que nunca alcanzábamos al Devorador. Como en todas las decisiones que tomamos, el futuro puede cambiar sobre la más pequeña elección. Nuestros parientes luchan de un extremo a otro de mil campos de batalla, luchando para que los aeldari aún puedan ver ese futuro.

—¿Por qué no me avisaste? Podría haber actuado, podría haber parado...

No podía volver la espalda a la victoria, incluso si tal ruta pudiera conducir a mi muerte. Y si ese fuera a ser el resultado, no te dejaría poner mi vida antes que la tuya. Sin embargo, ahora te enfrentas a otro tipo de muerte.

Itheíul abrió la boca para protestar, para decir que cualquier amenaza aquí en el corazón del mundo artesano se habría encontrado con la totalidad de los defensores de Saim—Hann, pero ella sabía que aquel no era el peligro del cual el espíritu de su

hermano le advertía. Se miró las manos: habían tomado una tez fantasmal. ¿Cuántos ciclos habían pasado desde la última vez que vio la luz del sol artificial del mundo artesano? ¿Cuándo había comido por última vez, o reído entre sus parientes?

Persistir en el Camino de Duelo es una muerte lenta, pero muerte de todos modos, Itheíul.

Itheíul asintió, a pesar de la redundancia del gesto. Ella se inclinó hacia delante y levantó la piedra espiritual de su hermano hasta su pecho. El calor aún persistía, y una galaxia de luz se arremolinaba bajo su superficie similar al cristal. Ella se puso de pie y tomó la lanza en la otra mano, un cosquilleo de energía psíquica vibrando a través de sus dedos Dio un paso adelante con lentitud, hacia la luz del circuito infinito. Era hora de devolver a su hermano al corazón del mundo artesano y dar los primeros pasos a lo largo de un nuevo camino.